

— Señor! exclamaba desconsoladamente el cardenal, — La señora de la Teja ha muerto. — Y si mi hija ha de ser desgraciada, abreme la tumba, yo no tendré más que quejarme. En estos momentos se oyó una voz de Alcaldesa de Méjico que decía:

— ¿Y no se pidió la mano de los niños? — Dicen que estaban con los curas; yo no los quería oír, pero mi hermano, que es sacerdote, se acuerda, que en la iglesia de San Juan Bautista, en la noche del dos de noviembre, se oyó una voz que decía:

— Pobre archiduque su estirpe se extinguirá, a una quincena de años de su nacimiento. — A este le respondió al sacerdote que era un error.

Caminaba apresuradamente por la calzada de San Cosme.

El ruido del tráfico le hizo detenerse en seco.

— ¡Pobres! — gritó Maximiliano.

CAPITULO CUARTO.

LA CONFERENCIA.

I. La hacienda de la Teja está al Suroeste y como á una media legua de la capital.

Varias calzadas conducen á la hermosísima finca, que mas bien es una quinta de recreo que una empresa de campo.

El patio de la hacienda es un jardín poblado de arbustos y de plantas esquisitas, que ciñen con unas guirnaldas de rosas la fuente de agua purísima que forma el centro del patio.

Las habitaciones son amplias y de buen gusto.

En una de aquellas estancias estuvo Carlos Casarín, el primer redactor de la "Orquesta," cuando fué atravesado de una estocada en el duelo que se verificó en los corredores de ese edificio.

Ese duelo es un episodio que tenemos escrito en el libro que debe preceder á esta publicación; pero hemos creido de nuestro deber, como testigos presenciales de aquel suceso desgraciado, consignar este breve recuerdo á nuestro malogrado amigo, víctima de una susceptibilidad patriótica y generosa.

trados a perder los puestos que ellos ocupaban ayer. No es ésta la ligera constante de la guerra civil.

II.

La hacienda de la Teja fué el lugar señalado por el emperador para celebrar la última conferencia, para decidirse definitivamente á aceptar por completo la situación, tan difícil como la dejaba el mariscal Bazaine al retirarse del suelo mexicano.

Después de las juntas de Orizava, este nuevo aplazamiento era una vacilación manifiesta.

Se comprendía desde luego que el espíritu del monarca sufría los vaivenes de la duda, y que sus pensamientos no acababan de fijarse definitivamente.

El hecho es que el partido imperialista estaba emocionado con la conducta vaga de Maximiliano, y que la prensa se esforzaba en detener al monarca; porque roto el centro de acción, la máquina se paralizaría.

Los comprometidos en la intervención temblaban solo al pensar que quedarian entregados al furor revolucionario, y levantaban el grito al cielo porque el emperador no se movieste del trono de México.

Maximiliano tenía razón en vacilar; la frontera se había perdido, Juárez salía de Chihuahua para Zacatecas, Escobedo se ponía en marcha para el centro del país, Riva Palacio se situaba á diez y ocho leguas de la capital, y Porfirio Díaz emprendía la campaña de Oriente con el éxito que ha coronado las difíciles empresas del joven caudillo.

El horizonte estaba lleno de nubes que avanzaban a medida que el ejército francés desfilaba rumbo á las playas del Atlántico.

Las primeras detonaciones anuncianan que el volcán estaba próximo á su erupción.

El astro de los Hapsburgos, que se había puesto tras los inespugnables muros del Cuadrilatero, no alumbraría más el sol de Maximiliano I.

Los soldados de la Francia habían sido los comisionados para entregar el Lombardo Veneto en manos de la Italia; en México su salida era el toque de llanada á las fuerzas de la República, era la reacción del movimiento de 1863.

En aquellos días la marea intervencionista subía, arrojando en cada ola el nombre de la monarquía.

Llegó la hora del refugio, y las oleadas murmuraban la palabra República.

II

III.

Los prohombres del imperio fueron convocados por una orden imperial á aquella solemne conferencia. Ya veremos en la acta de ese memorable dia que el clero se lavó las manos, como Pilatos; que los hombres de corazon aconsejaron al austriaco que abdicase, y que una mayoria de desgraciados que no concurren jamas ni con su valor, ni con su inteligencia á las revueltas politicas, azuzaron al infeliz archiduque para emprender la loca aventura de sostener un imperio cuyos cimientos estaban minados.

La historia debe recoger estos apuntes como un documento precioso para presentarlo á la faz de las generaciones.

Lares precedia la junta en nombre del emperador, y propuso desde luego la cuestion en estos términos:

"En las actuales circunstancias del país, y en vista de los datos presentados por los ministerios de Hacienda y Guerra, *puede y debe el gobierno imperial emprender la pacificación?*"

El ministro de Gobernacion dió cuenta con un informe absurdo y ridículo presentado por sus colegas de gabinete; leyó una lista de los departamentos que se conservaban fieles al imperio; y de dichos datos resultaba que el erario contaba (habla el ministerio de Gobernacion) con una entrada efectiva de *once millones* de pesos. Una vez recohridos los departamentos de San Luis, Zacatecas y Jalisco, ascenderia el ingreso á *veinti tres millones*, y esta suma se aumentaría hasta *treinta y tres millones* cuando la accion del gobierno imperial pudiese extenderse á los confines del país.

El ministerio de la Guerra, por su parte, cuenta con un efectivo de *26.000* hombres.

Despues de esta manifestacion, Lares pidió el parecer de los vocales.

El general Márquez, cobarde, asesino, nulo en las armas y en la politica; obedeciendo á sus instintos sanguinarios, y sabiendo que habia de huir en los momentos del peligro, dijo que el gobierno debia emprender vigorosamente la guerra, puesto que los recursos de que disponia en hombres y dinero, eran mas que suficientes para lograr el fin que se proponia; ¿por qué desanimarse? decia el miserable carnicero, cierto es que los disidentes ocupan puntos de grande importancia; pero *no estamos acostum-*

brados á ocupar los puntos que ellos ocupaban ayer? ¿No es esta la historia constante de la guerra civil?

Murphy, el ministro de la Guerra que jamas ha asistido á una batalla si no es con telescopio, dijo con tono arrogante y pomposo, que opinaba por la guerra, que los insurgentes no eran sino *bandas de ladrones*.

Un individuo llamado García Aguirre, soldado del Papa en México, y seguro de no ir á campaña, opina porque la guerra se lleve á sangre y fuego, y esclama en su entusiasmo clérigo-monárquico: "Si faltan soldados, puede hacerse una recluta forzosa; si falta dinero, que se tome de donde lo haya."

La capacidad de este personaje está medida por sus palabras, a las que no nos atrevemos á llamar discurso.

El maestro Lacunza, que salió de una rectoría de hojear el Digesto y las Decretales, se llena de ardor belico, y el viejo celibatario opina decidadamente por la guerra.

El mariscal, que asistió extraoficialmente y con la intencion de despistar el imperio, queriendo se tomase nota de sus palabras, que hoy le escupimos en la frente á su país, leyó un discurso en frances que el maestro Lacunza tradujo literalmente al castellano. Lo consignamos íntegro, cuidando de no omitir una sola coma, porque esas palabras son el padron de la vergüenza y la infamia; ellas dicen al mundo que todas las apreciaciones de la Convención de Londres y de los autores de la intervencion, son una mentira innoble, un absurdo que ha hecho correr á torrentes la sangre de dos pueblos amigos.

El mariscal Bazaine decia: "Que en opinion del ejercito francés, que ha recorrido todo el país, la Republica ha entrado en las costumbres e ideas de la mayor parte de sus habitantes. Que ha tenido á sus órdenes 40.000 soldados franceses y 20.000 mexicanos; ha tenido á su disposicion todos los recursos necesarios, y *esta convencido* de que el imperio seria la guerra y no la paz; cree, en consecuencia, que el emperador debe retirarse." Esto no necesita comentarios.

Arango y Escandon llama la atencion del mariscal, y con voz conmovida por la cólera, le dice:

—Señor mariscal Bazaine: Hallándose en guerra el Papa Paulo IV contra el rey Felipe II de España, hizo alianza con el rey de Francia Enrique II, quien le proporcionó un ejercito al mando del duque de Guisa. La guerra no fué favorable al Papa, cuyas tropas vinieron á quedar encerradas en el recinto de Roma, llegando hasta las inmediaciones de esta

ciudad el duque de Alba, vizoy de Nápoles y que mandaba las fuerzas españolas. En estas circunstancias, el rey de Francia llamó á su ejército, por haber sido derrotados los franceses en San Quintin; y al despedirse el duque de Guisa del Papa, este le dijo las siguientes palabras: "Id, pues, llevando la conciencia de haber hecho poco por vuestro soberano, menos aún por la Iglesia, y nada por vuestra propia honra."

El mariscal Bazaine se encogió de hombros, y dijo que no era esa la oportunidad de contestar citas históricas.

El arzobispo de México, olvidando que se sentó en la silla de los triunviros, manifiesta su incompetencia en materias políticas, dice que su misión es puramente evangélica.

Monseñor Labastida es todo un hombre! El obispo del Potosí, perpétuo agitador de la guerra civil, se lava las manos y hace una aclaración importante venida de los lábios de un prelado: no son ladrones ni asesinos, dice, los que llamamos disidentes; entre ellos hay personas de suma honradez y muy ameritados.

El padre Fischer, secretario del emperador, hombre de talento, pero de refinada perfidia, astuto e intrigante, se olvida de ese Evangelio que recuerda lleno de unción Monseñor Labastida, y opina por la guerra.

Iribarren, comisario imperial de Sonora, lanza una gasconada política que hace sonreir á sus colegas: "He abandonado Mazatlán y los otros departamentos en la creencia de que S. M. abdicaba; pero creo fácil recordarlos."

El comisario de Durango tira la primera piedra, opta por la abdicación. Cortés Esparza, una de las capacidades mas distinguidas de nuestro país, que se impuso en el ministerio condenando las cortes marciales y consejos de guerra, y castigando severamente hasta la destitución á las personas que perseguían á los republicanos, toma la palabra, y con aquel acento de persuasión que lo distingue en sus discursos, dice con vehemencia, que la reunión se compone de elementos heterogéneos, y que faltan datos positivos para resolver la cuestión propuesta: ¡qué documentos hay para verificar la exactitud de los guarismos presentados? ¿Existen realmente los once millones de que se habla? ¿No hay ilusión en esto? Los 26,000 hombres con que el ministerio de la guerra cree poder contar, son soldados, e simplemente hombres armados? ¿Existen efectivamente en tal número? ¿Quién de los presentes puede responder si ó no á estas preguntas? El emperador y sus ministros son los únicos en aptitud de tomar una resolución con perfecto conocimiento de causa. Agrega, que de algún

tiempo atrás cree oportuna la retirada del emperador. En este sentido se expresó en la conferencia de Orizava, y de entonces acá, lejos de cambiar de opinión, se ha confirmado en ella. Se dice que el país está acostumbrado á la situación en que hoy se halla. Esto es cierto; pero cuando el orador se adhirió al imperio, precisamente lo hizo porque creía adherirse á un orden de cosas cuya estabilidad traería consigo la paz y la prosperidad nacional. Esta esperanza no se ha realizado, y quedan pocas probabilidades de que se realice en lo sucesivo. El orador reitera, pues, el voto que emitió en Orizava, es decir, opinaba porque el emperador se retirase del campo de la política.

El Sr. Cordero, con su lógica inflexible, desarrolla las mismas consideraciones. Cree que, llevando adelante la guerra, corre riesgo de descender á la condición de gofe de partido. Cree, ademas, que el imperio, en razón de su novedad, cuenta pocos partidarios propios. Pronúnciase, pues, en favor de la abdicación.

El presidente Lares recoge los votos, y por una gran mayoría se resuelve que Maximiliano quede al frente del gobierno, y se abriese la campaña contra la República.

La hora había sonado.

IV.— El ejército francés, concentrado en el centro del imperio, había hecho tres marchas escalonadas rumbo á Veracruz, donde le esperaban los traspuestos para su recepción.

El emperador se trasladó á Chapultepec.

Allí tuvo lugar un acto eminentemente ridículo.

Una turba de conservadores de la clase infima en la administración imperial, se dirigió en masa al castillo.

Un abogado, que capitaneaba el víspera, tomó la palabra y felicitó á Maximiliano, que apenas contestó algunas palabras.

Había algunos individuos de frac y sombrero blanco.

Entre los personajes que dirigían el grupo de los felicitantes, se distinguía un joven como de treinta años, pequeño, algo enjuto, con los ojos encontrados, los pómulos salientes, bigote y candado negros: llevaba un vestido color de aurora y un fieltro negro.

En medio de los aplausos, se distinguía su voz que clamaba con entusiasmo: *Vivan SS. MM. Imperiales de la República Mexicana!*

A este individuo, que se ha hecho célebre por su capacidad en hacer

cuadros de costumbres en las tertulias, le han dedicado una pieza de música a cuyo frente se encuentra su retrato.

Este jóven es notable por sus chistes de buen gusto, y tenemos para nuestro colecto, que los equívocos de los vivas eran intencionales.

Este sainete acabó de desprestigiar la resolución de los consejeros, poniendo en caricatura al gran partido con que contaba la monarquía.

Al dia siguiente la mayor parte de los individuos del victor conservador, fueron condecorados con la cruz de la Orden de Guadalupe.

Alfonso, regente imperial de Sonora, lanza una gasconada política que hace escoria a sus colegas: "He abandonado Mazatlán y los otros destinos en la creencia de que S. M. abdicaba; pero creo fácil rean-

El comario de Durango tiró la primera pieza, optó por la abdicación
y se dirigió a la capital de México. El emperador se trasladó a Chihuahua.
Allí tuvo que ser sucedido en el trono por el general Porfirio Díaz.
Un año más tarde se conservarotro de los tres finalmente se unió
a la causa de la revolución y se dirigió al norte de México.

Y a do este dñihile periodo tránsito X pagóse de las bagesas en el triunfo de los conservadores de Vizcaya estableciendo la república y permaneciendo gabinete de un presidente que no se juzgaba ni por suerte ni por desgracia de un brago; en
corrían rumores que el presidente Miró Miró iba a presentar su dimisión para que el próximo presidente de la República fuese el general Martínez Imbert.

CAPITULO QUINTO.

El general Bazaine dio una proclama vindicando a la Francia, diciendo que no había querido imponerle un Gobierno a la República, y haciendo por la prosperidad de la nación.

La hora habia sonado.

El ejército francés, concentrado en la capital del imperio, había hecho tres marchas escalonadas rumbo á Veraeruz, donde le esperaban los transportes para regresarlo á su patria.

¿Qué llevaba sobre sus banderas?

Los cipreses de la derrota, la corona del escarnio y de la vergüenza!

¡Era este el ejército cuyas armas vencedoras saludaba la Italia en los campos de Magenta y Solferino?

¿Era este el ejército que recibía con gritos de entusiasmo y con arcos de triunfo á su regreso de Sebastopol la imperial París?

No; aquellos mutilados batallones eran una falange de aventureros que salía en fuga de un país talado y lleno de escombros.

Una turba desarrapada de verdugos á quienes seguia la maldicion de una nacionalidad despedazada.

¡Salve, Francia imperial, ya no eres aquella virgen impetuosa, cenida con el gorro frigio por la mano de Robespierre y de Danton!

Ya no eres aquella sibila del porvenir sentenciando al mundo del pasado desde la tribuna de Mirabeau.